

Rodrigo Soto

## El hombre del paraguas y la gabardina azul. En homenaje a Jorge Arturo Venegas Castaing

Escritor y cineasta costarricense

[paralelo10@correo.co.cr](mailto:paralelo10@correo.co.cr)

De los poetas costarricenses fallecidos de manera prematura en años recientes, tal vez Jorge Arturo sea quien sufrió la muerte menos sospechosa o espectacular. No estoy seguro de que él se sentiría a gusto con esto: él, tan huraño, tan afecto a la teoría de la conspiración y tan inclinado al tremendismo. Tan contradictorio, tan hermoso y tan humano. No existirá, entonces, en su caso, la leyenda de una conspiración policial ni de un cobarde asesinato que venga en su ayuda para sostener su memoria: será su poesía, y solo ella, quien deba hacerlo. Y aventuro que lo hará.

Jorge Arturo Venegas Castaing, quien publicara la totalidad de su obra literaria bajo el seudónimo de Jorge Arturo, nació en Alajuela, en 1961, y falleció hace poco tiempo, en los primeros meses del año 2010, en San José, tras batallar durante los últimos años contra un cáncer. Además de su obra literaria –mayormente poética– Jorge Arturo es conocido en nuestro medio por haber sido uno de los gestores del colectivo Kasandra, que a mediados de los años noventa del siglo XX hizo ruido y refrescó el entorno con su propuesta contestaria y contracultural. Asimismo, junto con otros escritores y jóvenes vinculados con la literatura, fue fundador de la Editorial Alambique, uno de los primeros proyectos independientes en este campo en años recientes, con más de una veintena de títulos publicados. Hombre inquieto, organizó recitales y se aventuró alguna vez en proyectos de arte plástico.

De su obra poética entresaco los títulos *Se alquila esta ventana* (EDUCA, 1989), ganadora del Premio “Juan Ramón Molina” de literatura joven centroamericana, *Un paraguas llamado*

*Adrián* (Ministerio de Educación Pública, 1989) y *El blues del aprendiz* (Editorial de la UCR, 1991). No obstante, posterior a ellos publicó varias obras, tanto en poesía –el que fuera sin duda su género predilecto– como en narrativa, en donde únicamente conozco su novela alegórica *La hoguera verde*.

Desde mi perspectiva, su producción poética tiene dos características fundamentales: un afán permanente por desembarazarse del lastre de las retóricas tradicionales, como parte de una búsqueda de frescura y naturalidad capaz de propiciar el encuentro con los lectores. Recuerdo alguna vez, en nuestras juventudes, cuando conversábamos sobre estos asuntos y él defendía que el hecho poético no tiene lugar en el texto sino en la mente o el espíritu del lector. El texto es solo un vehículo, una plataforma para establecer la comunicación entre dos seres humanos. La otra característica de su poética es, a mi juicio, su afán por darle estatuto poético a lo más simple y cotidiano. La poesía es un gato que nos acecha siempre y solo hay que dejarse acariciar por ella. Los títulos mismos de sus obras, aquí citados, revelan esto.

Pertenecemos a la misma generación. Una generación que creció en el contexto de la Guerra Fría y de las guerras centroamericanas, a la que el derrumbe soviético sorprendió al despuntar a la madurez. Jorge Arturo no fue un hombre político en el sentido tradicional. Nunca se dejó atrapar en la dialéctica comunismo-anticomunismo tan vigente en aquellos años. Pero sí fue un hombre político por su irrefrenable interés y su compromiso con la humanidad ajena. Tan amante del rock latino –Spinetta y Charlie– como de Bach, Coltrane y Chavela Vargas, juntos dimos cuenta de algunas damajuanas de vino chileno y de todas las cervezas que pudimos. Otros vicios no.

Funcionario invisible de la UNED durante varias décadas, supo acurrucarse ahí en un rinconcito desde donde podía escribir sin que lo jodieran mucho. Hombre alto, de risa y manos anchas, carcajada sonora y vozarrón a cuestras, taciturno y retraído salvo en la intimidad, generoso y complejo, lo quiero recordar aquí con su excéntrico impermeable azul y su paraguas a rayas, como solía caminar por las calles de San Pedro.

Del poema que le dedicara al historiador Paulino González como homenaje póstumo, entresaco y hago míos estos versos:

un anteayer

–quiero pensar–

sorbió tu último tren de amargura

–quiero sentir–

te fuiste con la prisa de una tarde sin reloj

rumbo al mar

o hacia una lluvia joven

que

te

hablara

porque

decinos si no

¿verdad que no estabas solo?

¿verdad que no estamos solos?

La vida es inevitable mientras dura. Es algo que aprendemos con los años y que como frase tal vez le hubiera hecho gracia. Nunca se lo pude decir porque luego nos distanciamos, pero estoy seguro de que él llegó a la misma conclusión. Ahora que para él se acabó, acaso me gustaría preguntarle, como hace él en otro de sus poemas:

Y en la noche,

¿también hay mar?

Ojalá que sí. Ojalá que no. Ojalá.